

TOÑI MORENO



*La chica que no
creía en los milagros*

Manual de recetas domésticas para ser feliz



TOÑI MORENO

*La chica que no
creía en los milagros*

Manual de recetas domésticas para ser feliz

,

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro
y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de cubierta: María Jesús Gutiérrez
Fotografía de portada: Nines Mínguez

© Antonia Moreno, 2014
© Editorial Planeta, S. A., 2014

Temas de Hoy es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

www.temasdehoy.es
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-9998-427-8
Depósito legal: B. 17.863-2014
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas S. A.

Printed in Spain-Impreso en España

ÍNDICE

PERO NOS TENEMOS..., POR MARÍA CASADO	11
INTRODUCCIÓN	15
1. PASE LO QUE PASE, ¡NO TE RINDAS!	21
2. ADAPTARSE Y SOBREVIVIR. EN TODO FRACASO HAY UNA OPORTUNIDAD DE CRECER	37
3. TEN FUERZA DE VOLUNTAD Y CONSTANCIA. SÉ ESA GOTA QUE ROMPE LA PIEDRA	57
4. RODÉATE DE GENTE BUENA. ¡HUYE DE LAS PERSONAS TÓXICAS!	79

5. SI TU MOTIVACIÓN ES EL AMOR, ACABARÁS POR CONSEGUIR TU PROPÓSITO	97
6. APRENDE A PERDONARTE PORQUE EL SENTIMIENTO DE CUL- PA NO TE DEJARÁ AVANZAR	123
7. TRABAJA POR ENCONTRAR LA FELICIDAD EN LAS PEQUEÑAS COSAS	143
8. QUIÉRETE MÁS Y MEJOR, Y COGE LAS RIENDAS DE TU VIDA	161
9. BUSCA TU SUEÑO Y HAZLO REALIDAD	177
10. LO QUE A MÍ ME SIRVE	193



Sé que es muy fácil decirlo, pero si lo haces, después de la rendición no hay nada, y si luchas por salir, tendrás la enorme satisfacción de, en el peor de los casos, haberlo intentado y, en la mayoría, de haberlo conseguido. La apuesta merece la pena, ¿no?

En el momento de escribir este libro presento cada tarde un programa en Televisión Española que se llama *Entre todos*. Si no lo has visto nunca, es lógico que sigas sin creer en los milagros, pero yo te puedo asegurar que existen, y que el ser humano es capaz de materializarlos cuando muestra lo mejor de sí. Cada día tengo el privilegio de entrar en las vidas de quienes necesitan algún tipo de ayuda. Suelen ser personas que por las circunstancias presentes —la crisis, una enfermedad, el

paro, etc.— se encuentran en un callejón sin salida. Bueno, sin otra que la de llamar a un programa de televisión para intentar salir del pozo. Cada tarde se abren los teléfonos y —hasta hoy— siempre ocurre el milagro: son muchas más las personas que necesitan ayudar, y que lo hacen, y digo bien: ¡necesitan ayudar! Los datos están ahí; cada tarde más de trescientos telespectadores descuelgan el teléfono para tender una mano a personas que no conocen de nada. Es, sencillamente, emocionante.

Mi trabajo consiste, principalmente, en hacer que las personas que solicitan ayuda no se sientan incómodas por hacerlo. No es plato de gusto contar al mundo las penas, desnudar la intimidad en el peor momento de nuestra vida. Todos preferiríamos compartir los éxitos, las alegrías... A veces les suelo decir que no han llamado al programa para pedir ayuda, que realmente están ahí para ayudar. Y no les miento. Cada testimonio es una lección de vida, de fuerza, de coraje y de no rendición.

Una historia que me dejó «tocada» fue la de Rafael, un chaval de veinte años de Dos Hermanas (Sevilla). Rafael sufre distrofia muscular de Duchenne, una enfermedad degenerativa de las denominadas raras. Creo que nunca olvidaré el momento en el que la pantalla del plató me descubrió la imagen de Rafael y de su madre, Consuelo, una de las mujeres más inteligentes que he conocido en mi vida. No sé si estaré equivocada, pero creo que la inteligencia nada tiene que ver con los títulos universitarios que cuelguen de la pared, es más una cuestión de saber buscar la felicidad en las situaciones más adversas que nos plantea la vida, es más una cuestión de supervivencia. He conocido a personas con una situación económica privilegiada que nunca

miran el precio de las cosas, con unos hijos maravillosamente sanos y guapos —siempre me he preguntado por qué los hijos de los ricos son todos rubios y guapos—, que pese a todo eso no son felices. Consuelo, la madre de Rafa, no había dudado en dejar su trabajo de limpiadora para ayudar a su hijo a conseguir el sueño de convertirse en periodista. Con mucho esfuerzo por las dos partes, Rafa está ya en tercer curso de Periodismo en la Universidad de Sevilla. Cada mañana su madre lo prepara y acomoda en su silla de ruedas, lo lleva a la facultad en su coche adaptado y se sienta a su lado para ser sus manos a la hora de tomar apuntes. Mientras tanto, la enfermedad sigue avanzando y esa tarde nos pedían ayuda para costear las sesiones de fisioterapia que le permitirían a Rafa alargar en el tiempo la ya escasa movilidad de sus dedos:

—Hombre, es que todavía puedo mover el ratón del ordenador y no tengo que andar pidiéndole a mi madre que me pase las páginas de los apuntes para estudiar —decía Rafa.

Consuelo, por otra parte, no se había visto en otra. Su lucha diaria era un combate a muerte con la ortografía;

—¡Mamá, que «bien» se escribe con «b» de burro, acuérdate! —le susurraba a grito *pelao* Rafa a su madre en una clase cualquiera.

Durante la entrevista le dije a Rafa en tono de broma que en el fondo podía considerarse un privilegiado porque era el único alumno que contaba con dos cerebros en los exámenes, el suyo y el de su madre. Consuelo no le dejó responder:

—¡Eso es lo que te crees tú! A mí cuando no hay que coger apuntes se me va la cabeza y me pongo a pensar que se me ha *olvidao* echar los garbanzos en agua. No me entero de *na*.

En otro momento le dije que ella se merecía como nadie que el título de Periodismo colgara en la pared de su cocina, y me contestó muy seria:

—Yo lo he *pensao* también; de hecho ya he hecho mis primeras gestiones, lo he hablado con el conserje de la facultad.

Esa es Consuelo, una mujer con una realidad durísima que ha optado por ser feliz. Rafa y Consuelo son el ejemplo de que la felicidad no depende de las circunstancias, sino de la manera que tengamos de afrontarlas.

Ser feliz es una cuestión de trabajo. Si estás leyendo esto en un momento triste de tu vida, quiero que la historia de Rafa y Consuelo te quiten todas las tonterías. O como me decía mi madre, «*to los cuentos que tienes*».

No culpes a las circunstancias, a lo que te está pasando, a la falta de trabajo, a lo mal que te está tratando la vida o al desamor. Piensa en Rafa y en su madre. Ellos no perdieron un segundo en el «¿por qué a mí?» y lo cambiaron por un «¿por qué no?».

A Consuelo se le cayó el techo del ambulatorio cuando el doctor le dijo el nombre de la enfermedad que tenía su hijo. Si buscas en Internet «distrofia muscular de Duchenne», a ti también se te caería el techo encima. Es una de las enfermedades degenerativas más duras, las fibras musculares se van atrofiando, lo que conduce a la invalidez en los primeros diez años de vida y provoca la muerte por inanición, insuficiencia respiratoria o cardíaca en la segunda década. Un día fui a casa de Rafa y hablamos de la muerte, y fue tan contundente como esperanzador:

—¿Qué harías tú si supieras que te quedan dos años de vida? ¿Te quedarías esperando a que viniera la muerte, antici-

pándote a ella, dejando que te ganara la batalla antes de la guerra? ¡Yo no pienso hacerlo! Todos nos vamos a morir, pero mientras tanto hay que sacarle a la vida toda la chicha. Sé que quizá nunca ejerza como periodista, no solo porque no llegue a tiempo, sino porque es muy difícil que me contraten con mis limitaciones, pero me quedará la satisfacción de haber logrado ser licenciado en Periodismo.

Consuelo lo escuchaba sonriendo y me contaba luego que había momentos más fáciles que otros. Lógico. Nos pasa a todos, y eso que la mayoría de nosotros podemos andar, correr o hacer algo tan simple como coger un vaso y llevárnoslo a la boca. De vez en cuando aparece un día de esos que nos aplastan, y no vemos colores, solo oscuridad, y es entonces cuando dejamos de encontrarle sentido a tanto esfuerzo y nos rendimos un poco. Consuelo me confesaba que esto es necesario y sano. Pero es entonces cuando salía la madre combativa y sacaba su discurso más demoledor:

—Vale, si quieres dejamos de ir a la facultad y te quedas en la cama hasta el final de tu historia. Yo no pienso quedarme aquí para verlo. Seguiré con mi vida, entrando, saliendo, yendo a ver al Betis... Así que tú verás —le dice cuando el desánimo aparece.

El recurso del Betis no lo utiliza siempre. Es esa carta que todos guardamos en la manga. Si abusara de ella perdería fuerza, así que en contadas ocasiones esa madre que sabe dónde está la yugular de su hijo ataca sin piedad:

—Rafa, ¿quieres quedarte en la cama como si fueses un parapléjico cualquiera? Tú mismo. Ahora, no cuentes conmigo. Yo no pienso quedarme aquí encerrada por tu culpa. Tu herma-

na y yo seguiremos con nuestra vida. Ríndete, que es lo que hacen los cobardes.

Rafa ya sabe lo que viene después, así que para ahorrarse la monserga se concede ese pequeño momento de autocompasión que todos necesitamos y acaba interrumpiendo a su madre con un:

—¿Qué me pongo para ir a ver al Betis mamá? —sabiendo de antemano que solo hay una respuesta: la camisa verde.

¡Me encanta esta mujer! Rafa también, pero soy fan de la madre que lo parió. Después de mucho analizarla, me doy cuenta de que el ser humano es fuerte o débil dependiendo de nuestra filosofía de vida, de cómo afrontamos los problemas, de los pensamientos que construimos. Es la batalla que te propongo. Tenemos —y me incluyo porque me queda mucho que aprender— que controlar nuestra manera de pensar, porque si pensamos correctamente, sentiremos correctamente. Consuelo y Rafa son felices, con sus momentos, claro, pero han aprendido a no renunciar a la felicidad y a buscarla, y a encontrarla, con sus circunstancias.

Creemos que nuestra felicidad depende de lo que nos ocurre en la vida, es decir, de los hechos externos, sobre los que no tenemos ningún tipo de control, y que somos felices o no dependiendo de cómo nos trate la vida. Consuelo me enseñó que aceptando el mundo, con sus imperfecciones, no puedes esperar que la vida, tu vida, sea perfecta. No lo es, y tardé en comprender cómo mi felicidad no debe depender de cómo se haya portado conmigo la vida o la gente. Mi felicidad debe depender de mí y de lo que necesite realmente para ser feliz. Consuelo me decía que la clave está en necesitar poco... y en el amor. Es posible gozar de la vida y sentirse realizado aun en las

circunstancias más extremas y difíciles. Es posible ser feliz, sentirse pleno, realizado... Esa lección me la enseñó un chaval que solo podía mover a duras penas la cabeza.

Con veinte años Rafa no faltaba ni un solo día a la facultad. A Consuelo a veces esa responsabilidad de su hijo le provocaba cierto fastidio. Cuando apretaba el frío, se vestía de tentación y se acercaba a la cama de Rafa para susurrarle:

—Anda, nos quedamos hoy en casa. Por un día...

De esa manera podría aprovechar para ir al Ayuntamiento, hablar con los trabajadores sociales, arreglar papeles. La situación económica de Consuelo era bastante crítica. De hecho, tuve la suerte de conocerla por esto, porque necesitaban ayuda para pagar las terapias. Hacía pocos meses que se había separado de su marido y sobrevivían con la pensión de invalidez de su hijo.

Un día con ellos fue suficiente para hacerme una idea de cómo era la vida de esta pareja de cracs. Me sorprendió la relación tan alegre que tenían y, sobre todo, la complicidad entre ellos. Le pregunté a Consuelo de qué tipo de intimidad disfrutaba un hijo que tenía pegada a su madre las veinticuatro horas del día, y esta mujer con voz menuda y fuerza de huracán volvió sorprenderme con cada respuesta. Había conseguido una relación tan maravillosa con su hijo que no había tema tabú que no se pudiera abordar, cualquier cosa... Es verdad que hay una cualidad que no todo el mundo tiene y que es muy difícil aprender: la naturalidad. No me refiero a ser más o menos espontáneo, simpático... Me refiero a ser sinceros y tratar los temas sin complejos.

Me contaba Consuelo que le había propuesto a su hijo visitar una «casa de chicas» para que pudiera tener su primera

experiencia sexual, que iba a ser su regalo de cumpleaños y que, para que no se sintiera incómodo, ella esperaría en la puerta, mientras Rafa y su primo entraban en el local. No creáis que eso me lo contaba en un momento de soledad o de confesión íntima; su hijo escuchaba la narración con una media sonrisa pícaro, que me hacía pensar que todo lo que relataba su madre era la pura verdad. Rafa había declinado el generoso ofrecimiento porque tenía la ilusión de que la primera experiencia con una chica fuese algo menos funcional y más romántico. Pero la cuestión es que el ofrecimiento estaba hecho, y que el sexo no era un tema que no pudiera ser tratado entre madre e hijo. Consuelo iba por delante siempre, y Rafa ejercía la libertad de decidir. Me emocioné mucho cuando hablábamos del amor y no de sexo.

Cada día este bético tenía una motivación extra académica para ir a la facultad: se había enamorado de una compañera de clase, una estudiante de Periodismo de su edad, que cada mañana le tomaba el relevo a Consuelo y ayudaba a Rafa con el desayuno, acercándole el zumo a la boca, compartiendo la *tostá* con manteca, apuntes y confidencias. Rafa paseaba con su silla de ruedas eléctrica por la facultad y María —la llamaremos así— lo acompañaba sentada en el reposabrazos. Ese era el momento en el que se sentía libre, como cuando llevas a tu chica al lado el primer día de carne de conducir. Muchas mañanas «torpeaba» de manera intencionada con el mando de la silla, como si la fuerza de los dedos le fallara y no pudiese dirigir la dirección. Entonces, María posaba sus manos sobre las de Rafa para ayudarlo y ese leve roce sobre la única parte de su cuerpo con sensibilidad le hacía sentirse el hombre más afortunado de

la tierra. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que nuestro chaval estaba loco por ella.

—¿Crees que alguna chica se enamorará de mí, mamá?

—Hombre, claro, pero no a primera vista. Creo que te tiene que dar la oportunidad de conocerte. Yo no me enamoraría de buenas a primeras de un parapléjico —decía Consuelo sin anestesia.

—Mamá, hija, gracias, me has animado muchísimo.

No hay mentiras. Entre ellos nunca las ha habido. Y me atrevería a decir que nunca las habrá.

Esa madre tuvo que armarse de valor y hablar con la chica. Y eso sí lo hizo a escondidas. Le dijo que su hijo se había enamorado y que si no tenía otras intenciones más serias que la de esa bonita amistad, que hablase con él para que no alimentara las expectativas. Fue el primer desengaño amoroso de Rafa. Hablábamos de ello y notaba el peso del desencanto en sus ojos. El desamor duele, pero todos lo hemos vivido alguna vez. Me gustó que Consuelo no quisiera evitarle el sufrimiento a su hijo. Simplemente dejó que se enfrentara a él. Vivimos en una sociedad que inventa pastillas para todo, para evitar el dolor del alma, el insomnio, la angustia, el duelo... Soy de las que creen que soy quien soy ahora, con todos mis defectos y mis pocas virtudes, gracias a la cantidad de veces que he sentido frustración y he tenido que enfrentarme a ella. No debe de ser fácil para una madre contestar a ese tipo de preguntas de su hijo. Antes incluso habían sido más demoledoras:

—¿Y por qué a mí, mamá?, ¿no podré andar nunca, mamá?
—y Consuelo siempre le respondió con la verdad, que es el primer paso para aceptar y proseguir con la lucha.

La vida está llena de adversidades que constantemente nos ponen a prueba y tenemos que buscar los mecanismos para resistir y sobrevivir. Y, a partir de ahí, también para disfrutar. Consuelo no ha visitado a un psicólogo en la vida, siempre ha ido tomando decisiones basándose en el amor que siente por su hijo y en el sentido común. Cada golpe que ha recibido Rafa lo ha transformado en una oportunidad para salir fortalecido. Es verdad que Rafa había sufrido un gran desengaño amoroso, pero Consuelo le hizo ver que existen muchas personas que se van de este mundo sin conocer el sentimiento del amor, incluso gente que se casa sin haberse enamorado nunca, y que él era un afortunado por haber sentido los fuegos artificiales en el estómago. Además, después de que hablasen a solas, los chicos habían conseguido construir una amistad mucho más madura y sólida que aun hoy continúa.

Te parecerá que hablar de sentido del humor en este momento no es oportuno. Pues todo lo contrario. Una de las virtudes que tenemos en mi tierra —lo he vivido desde pequeña en mi casa, con mi madre y mi tía Carmen, que son especialmente graciosas— es que el ser humano tiene una capacidad maravillosa de explicar de una manera humorística los acontecimientos más dramáticos. Recuerdo los entierros de mi familia. Yo me sentía fatal porque cualquiera que pasara por el tanatorio y escuchara a mis tías y a mi madre a carcajada limpia pensaría que nos importaba un bledo la pérdida. No hay mayor homenaje a tu vida que tu funeral se convierta en un club de la comedia, que aquellos que te quieren recuerden las ocurrencias más disparatadas, los momentos más divertidos, y lo bien que supiste reírte de este mundo tan maravilloso y a veces tan puñetero

que has vivido. Yo soy fan de las personas que recurren al sentido del humor en las situaciones más adversas. Recuerdo una tarde en el programa, la historia de un chico joven, debía de tener unos treinta y pocos años. Pedía que le ayudáramos a comprar una silla de ruedas especial porque se había quedado tetrapléjico después de una caída montando en bicicleta. En un segundo todo se le fue al traste, por no decir otra palabra malsonante. Nos contaba que supo desde el primer instante que nunca más se iba a poder mover. En un momento dado de la entrevista me avisaron por el pinganillo de que tenía que dar paso a publicidad, así que le interrumpí advirtiéndole que sería cuestión de dos minutos. Recuerdo que aquel joven de sonrisa serena me dijo:

—No tengas prisa, te prometo que no pienso salir corriendo —solo hacía tres semanas que se había bajado de esa bicicleta.

El sentido del humor es la mejor estrategia para defendernos de las contradicciones de la vida. Para mí es un arma frente al miedo. El sentido del humor es como la aspirina, que sirve para todo.

Recuerdo que una vez me dio por ser aventurera, y me sometí a las experiencias más extremas. Supongo que por la absurda creencia de que no te puedes ir de este mundo sin haber hecho parapente, además de *puenting*, *diving*, *rafting*..., y todo lo que acabara en *-ing* que no fuera *footing*. ¡Si hasta salté en paracaídas! Está mal que yo lo diga, pero tiene muchísimo mérito —teniendo en cuenta que servidora necesita prepararse psicológicamente una semana antes de hacerse la cera en las piernas—.

Pues ahí me ves, vestida de aviadora de principios de siglo y, como dice mi madre, «con las herraduras de la muerte en la

cara». Esta es una expresión que describe perfectamente la cara que se te queda cuando el miedo se apodera de tus higadillos. Una negrura violácea rodea la comisura de tus labios, extendiéndose hasta la barbilla. Tienes escrito en la cara «estoy aterrada», y nada de lo que te digan te calmará, porque el pánico lo abarca todo. Las voces del resto de las personas te llegan como si estuvieras sumergida en una gran piscina; los oyes, sí, pero no entiendes una palabra de lo que dicen porque otra de las virtudes del miedo es que te taponan los oídos.

Lo absurdo es que durante un tiempo buscaba ese tipo de retos, supongo que para demostrarme que mi vida era el anuncio de la Coca-Cola —«soy joven y aventurera»—. La de cosas que hace una para demostrar que eres lo que realmente no eres, ¿verdad? Pues ese miedo lo combatía con el aliento y la tranquilidad de mi santa madre, que siempre ha tenido la palabra justa: «Hijalagranputa, hasta que no te mates no vas a *pará*».

Lamento la expresión, pero es marca de la casa, y mi madre la utiliza cada vez que tiene que decirme algo importante: «¡Hijalagranputa, que llevas dos días sin llamar!», «¡Hijalagranputa, ¿cuándo pensabas decirme que te tiras en paracaídas?!», «¡Hijalagranputa, creías que no me iba a enterar de que te vas esta tarde a Haití!»..., y así un sinfín de cariñosísimas palabras que solo una madre nos puede dedicar.

Consuelo, la madre de Rafa, me recordaba mucho a la mía; afrontaba con sentido del humor el miedo: miedo a que su hijo se dejara ir, se rindiera, el miedo que tienen todas las madres al ver sufrir a sus hijos, miedo, miedo, miedo... Miedo a todo lo que se les escapa de su control.

Una mañana, Rafa se despertó y lo primero que vio fue una caja con un invento sexual de silicona, y la sonrisa de su madre que lo agitaba metiéndoselo por los ojos, de manera literal. El día antes había sido duro para el chaval. El cuerpo atrofiado de Rafa albergaba un corazón intacto que se había roto en pedazos. Consuelo haría honor a su nombre durante todo el día siguiente, pero tenía que romper ese ambiente de derrota y victimismo con el que sabía que su hijo se levantaría esa mañana. El juguete —que, por cierto, fabrican en Dos Hermanas y ha convertido a sus productores en millonarios— sirvió para que Rafa riese con las ocurrencias de su madre:

—Mira, Rafa, es la reproducción exacta del chichi de una de las mejores actrices porno del momento... Lo tienes a tu disposición por el módico precio de...

—¡Mamaaaaaaaaá! ¡Ya está bien de tanto cachondeíto a costa de un pobre discapacitado!

Y los dos terminaron riéndose de ellos mismos. Objetivo cumplido. En esa casa, Consuelo siempre busca el chiste para partir de la risa cuando hay que abordar momentos duros.

—Me gustaría que mi hijo se enamorara, y no me importaría que fuese de otra chica en silla de ruedas. Yo cuidaría de los dos. Quiero que viva lo que es querer, enamorarse... —Es el deseo de una madre que no se arrugó ante el primer día de universidad, pese a que lo único que había tenido entre las manos los últimos treinta años había sido una fregona.

Consuelo me enseñó que hay dos maneras de enfrentarse a la terrible noticia de que tu hijo, al que tú has parido y del que te sientes responsable, no tendrá nunca una vida como la que tú has tenido. La primera es sentirte culpable por no haber

detectado que por tu carga genética podías traer al mundo hijos con esa enfermedad. Puedes machacarte viva, ser infeliz y amargada, y sentirte víctima, o —esta opción es claramente la suya—, darle gracias a la vida por tenerla, disfrutar de todo lo que ella te ofrece, de un atardecer mirando el mar, de un buen partido del Betis, de un suculento puchero con su *pringá*... Y hacer de esos pequeños detalles por los que pasamos indiferentes el centro neurálgico de nuestra vida. No puedo decir que Consuelo nunca haya pisado una universidad, porque mentiría como una bellaca, pero puedo asegurar que esa sabiduría no la aprendió allí. Muy al contrario, los compañeros de Rafa, chavales de veinte años y universitarios, tienen la suerte de compartir bocadillo con la verdad de la vida.

Los héroes de mi vida no tienen una melodía envolvente, llena de cornetas y tambores, no vuelan ni tienen superpoderes, bueno, miento, sí los tienen..., pero no les ha sido concedido por la fuerza del universo o por una extraña conjunción de planetas. Mis héroes, que son muchos, son personas que he tenido la suerte de encontrarme en mi camino como periodista, y que me han enseñado que el ser humano es la criatura más maravillosa que hay sobre la tierra cuando encuentra y muestra lo mejor de sí. Mis héroes son héroes porque, a pesar de saber que pueden perder, no se rinden nunca.